

musical al elemento negro, fueron fundamentales para comprender toda la evolución posterior de nuestra música hasta nuestros días. Fueron ellos quienes por primera vez crearon una obra sinfónica esencialmente cubana a partir de las nuevas técnicas y tendencias de la música occidental en su momento, incluido el impresionismo, llegado a Cuba con cierto retraso. Con su síntesis e incorporación de los múltiples elementos rítmicos y sonoros del folclore cubano a los moldes formales y tímbricos heredados de Europa, Roldán y Caturla dieron inicio a la larga polémica –aún no cerrada del todo– sobre lo que debe ser la música clásica cubana.

No es casual que la obra de esos dos compositores, sobre todo su producción para la orquesta, haya podido desarrollarse precisamente en ese período. Aquélla no sólo fue una época de efervescencia vanguardista, sino también un periodo fundacional para muchas instituciones musicales cubanas de gran importancia en la etapa republicana. Casi de un solo golpe, en el breve intervalo de dos años, se fundan en La Habana dos conjuntos sinfónicos: la Orquesta Sinfónica (1922) y la Orquesta Filarmónica (1924). La primera, fundada por Gonzalo Roig y Ernesto Lecuona, no sólo tiene el mérito de haber sido la pionera y haber logrado existir por espacio de dos décadas a costa de grandes sacrificios, derivados sobre todo de un permanente estado de penuria económica, sino que continuó en cierto modo, ahora de manera más sistemática, la labor iniciada por Tomás a principios de siglo, ofreciendo primeras audiciones y estrenos en Cuba de muchas obras del repertorio universal y cubano, y contribuyendo al «fogueo» sistemático de los músicos de atril. A su vez, la Orquesta Filarmónica, cuyo primer director fue el músico español Pedro Sanjuán Nortes (1886-1976), surgió, en parte, como resultado de coyunturales desacuerdos surgidos entre algunos de los directivos y músicos de la Sinfónica con el maestro Roig⁸, pero en su fundación intervinieron asimismo profundas divergencias de carácter ideológico-estético. En la polémica entre la vanguardia y el tradicionalismo, la Orquesta Filarmónica se erigió enseguida en abanderada de la vanguardia musical en Cuba, una respuesta de ésta al repertorio, más tra-

⁸ Sanjuán, discípulo de Joaquín Turina, había llegado a La Habana poco tiempo antes. Pronto aparecieron artículos suyos en el Diario de la Marina en los que, bajo el título de «Charlas musicales», este músico, que había estudiado en Madrid y París, comenzó a exponer sus actualizadas ideas acerca de la dirección orquestal y de las nuevas tendencias predominantes en la música europea. Ello pronto le ganó simpatías en algunos círculos artísticos e intelectuales de la ciudad, por lo que al poco tiempo fue invitado a dirigir la Orquesta Sinfónica. El maestro Roig entendió aquel gesto como una intromisión en aspectos relacionados con la programación de la orquesta y se opuso enérgicamente a ello, lo que provocó la renuncia de varios músicos y de algunos directivos de la misma, que de inmediato se agruparon para crear la Filarmónica.

dicional, presentado hasta entonces por la Sinfónica. Comenzó así lo que la historiografía musical cubana ha coincidido en denominar la «etapa heroica» de la Orquesta Filarmónica, cuando, con más buena voluntad y entusiasmo que calidad⁹, la orquesta iniciaría una larga trayectoria que la llevaría a convertirse en el mejor conjunto sinfónico cubano en toda la historia del país (incluida la presente) y, en su momento de mayor esplendor, en uno de los primeros de América Latina. En el período en que fue dirigida en propiedad por Sanjuán (1924-1932) la orquesta ofreció memorables conciertos en los que presentó buena parte del repertorio contemporáneo, incluyendo varias obras cubanas (*Obertura sobre temas cubanos*, *Tres pequeños poemas*, de Amadeo Roldán; *Preludio para cuerdas*, *Tres danzas cubanas*, de Caturla), así como un número elevado de obras de la escuela nacionalista ruso-soviética, desde Glinka hasta Prokofiev.

En una segunda etapa (1923-1938) la orquesta fue dirigida por Amadeo Roldán, quien ya venía compartiendo el estrado de director con Sanjuán desde finales de la década del veinte. A su importancia como compositor, se unen ahora sus méritos como incansable divulgador y orientador del gusto musical en el país. Ya en la década del veinte había organizado, en colaboración con Alejo Carpentier, los «Conciertos de Música Nueva», en los que el público asistente pudo escuchar por primera vez obras de Igor Stravinski, Eric Satie, Francesco Malipiero, Francis Poulenc y Darius Milhaud, entre muchas otras. Desde su puesto de director titular, continuaría su labor divulgadora de la música contemporánea, ahora para un público más amplio y bajo las nuevas condiciones que ofrecía la orquesta. Por otra parte, consciente de su responsabilidad como director en propiedad, Roldán nunca desatendió la programación de un repertorio más tradicional, ofreciendo primeras audiciones de obras de Beethoven, Brahms, Chaikovski, Wagner, etc. La orquesta, que ya desde esa temprana fecha contó con el respaldo financiero del mecenas Agustín Batista, mejoró en cierta medida su situación material y técnica¹⁰, y se creó la imprescindible atmósfera de colaboración estrecha entre el profesorado y su director. La muerte de Roldán en 1939, además de interrumpir la obra de un compositor que

⁹ Años más tarde, el crítico y musicólogo Antonio Quevedo recordaba la acogida tributada a aquel primer concierto de la Filarmónica, efectuado el 8 de junio de 1924: «La orquesta sonó a perros, según el testimonio privado de la crítica, aunque al día siguiente los periódicos gimieron todos los loores imaginables»; en: Quevedo, Antonio, «El primer concierto de la Filarmónica»; en: Orquesta Filarmónica de La Habana (programa de concierto), temporada 1946-1947, séptimo concierto, lunes 13 de enero de 1947, p. 18.

¹⁰ A instancias de Agustín Batista se creó en 1932 el Conservatorio de la Orquesta Filarmónica, con clases de armonía y composición, violoncello, solfeo, teoría, piano, clarinete, flauta, arpa y de algunos idiomas extranjeros. Los músicos de la orquesta recibían clases gratuitas.

aún se hallaba en pleno desarrollo y al que quedaba todavía mucho por decir¹¹, dejó un amargo sabor entre los instrumentistas, la sensación de que, además de a su líder indiscutible, perdían a un amigo y colega cercano, que comprendía sus necesidades y las del medio cultural cubano.

Se funda también por esa fecha, en 1934, la Sociedad de la Orquesta de Cámara de La Habana, bajo la dirección del músico catalán José Ardévol (1911-1981). Esta agrupación, compuesta en su mayoría por músicos de la Filarmónica, realizó una labor muy significativa en la divulgación de la música antigua y clásica, así como de otras obras del repertorio contemporáneo y cubano. Por sus atriles desfilaron, en primera audición en Cuba, los ciclos completos de los *Conciertos de Brandemburgo* (1934) y de *El arte de la fuga* (1937), de Juan Sebastián Bach (esta última ejecutada por vez primera de forma íntegra en América Latina en versión para orquesta de cuerdas)¹², y una extensa lista de obras de Vivaldi, Händel, Scarlatti, Palestrina, Mozart, Haydn, Stravinski, Bartok, Hindemith, entre muchísimos otros. En esa primera etapa de sus casi veinte años de existencia, la Orquesta de Cámara estrenaría también importantes obras del repertorio cubano contemporáneo como *Tres Toques*, de Amadeo Roldán (dirigida por el propio compositor), *Primera suite cubana*, de Caturla y *Nueve pequeñas piezas*, del propio Ardévol.

Otra institución de gran significación en el periodo y en casi toda la etapa republicana es la Sociedad Coral de La Habana, fundada en 1931 por María Muñoz, quien junto a su esposo, el crítico español Antonio Quevedo, realizaría también una sólida labor de orientación a través de las páginas de su revista *Musicalia*, considerada por muchos una de las mejores publicaciones musicales de Hispanoamérica en su momento.

Por su parte, la Sociedad Pro Arte Musical, aunque fundada a finales del período anterior, comienza en esta etapa su verdadera expansión, ofreciendo temporadas de concierto de altísimo nivel, con los mejores conjuntos y solistas de la época, tanto cubanos como extranjeros.

En 1925, por ejemplo, cuando a duras penas iniciaban su actividad los dos conjuntos sinfónicos cubanos ya mencionados, Pro Arte trae a Cuba a la Orquesta Sinfónica de Nueva York, introduciendo un sello de calidad desconocido en la isla y que mucho debe haber estimulado el afán poste-

¹¹ En una entrevista ofrecida al diario *El Mundo*, el director vienés Erich Kleiber expresaba: «¡Qué gran pérdida para Cuba la muerte de este músico en plena juventud! Era el maestro natural de la presente generación [...]. Hubiera sido —empezaba a serlo— el Falla, el Ravel cubano»; en *El Mundo*, 9 de marzo de 1945, p. 4.

¹² Ardévol, José, «Biografía de una orquesta»; en: *Música y revolución*, Ediciones Unión, La Habana, 1966, pp. 154-161.